

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XII. DIRECTOR PROPIETARIO:
Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:
En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victoria 53.

COLABORADORES:
Todos los suscritores. NÚM. 522.

MURCIA 29 DE ABRIL DE 1900.

La Juventud Literaria

HISTORIETA

Á MI QUERIDA Y DISTINGUIDA AMIGA
LA BELLA SEÑORITA

PEPITA BRIONES

María había amado con la constancia y el amor de un alma pura; mas el objeto de este amor santo é inquebrantable dejó de existir y María quedó sumida en el insondable mar del desconsuelo. Un niño Luisito, fué la herencia de una unión que tan fatalmente deshizo la muerte.

Falta de recursos buscó trabajo, y un tal Don Alberto, de unos cincuenta años de edad la admitió en su casa como ama de gobierno. Merced á la pureza de su alma no pudo comprender, perseguían un fin nada loable, las atenciones que Don Alberto la guardaba.

Una tarde, considerando Don Alberto llegado el momento de realizar sus groseros apetitos reñidos con la nobleza y dotes de un corazón generoso habló á María de amor, la pintó imágenes hijas de una refinada lascivia, disfrazó su espíritu con las delicadezas de que está dotado el cariño honrado y sincero, dirigiendo por último sus esfuerzos á conmover la materia excitándola con las armas de la sensualidad.

Ignorando la potente fuerza, fisico-moral que prestan los sentimientos que comunica, todo lo que es bondad y amor, desconociendo lo difícil que es determinar á una voluntad á realizar el mal cuando está acostumbrada á

practicar el bien por la propia é innegable valía del bien mismo, se quedó suspenso, como espantado, al darse cuenta de que aquel espíritu no sufría la alteración deseada. ¡Imbécil! no se había hallado nunca frente á un alma virtuosa, y desconocía que contra la impetuosidad del vicio existe la templanza de la virtud; que cuando está ha echado raíces en un alma que detesta lo que implica maldad, lo que es pecado, la sensualidad no impera en manera alguna. que el santo temor de Dios, oscurece los cínicos resplandores de las llamardas obscenas.

María con el pequeñuelo, en los brazos se levantó, y Don Alberto hizo ademán de arrojarle sobre ella, pero la vergüenza, y al mismo tiempo el terror que le había causado, la victoria obtenida por la virtud sobre el vicio, fué causa de que se contuviera y dejara paso franco á María, la que dirigiéndole una mirada de desprecio, y con la cabeza muy erguida, salió con paso presuroso, ávida de respirar una atmósfera más sana.

II

María desde la tarde en que herida en su pudor salió de casa de Don Alberto, no ha dejado un solo momento, de ser perseguida por este hombre infame, que acostumbrado á conquistas callejeras, no podía dar crédito á la virtud y por ende á las energías que presta al que la posee.

Don Alberto por cuantos medios le ha sido posible poner en práctica ha impedido que María se gane el sustento necesario para ella y su hijo. ¡Infame! esperaba que María se le entregara por hambre, que el helor de la miseria hiciera mella en su es-

piritu y se le rindiera. ¡Ignorante! si su voluntad habitaba el cenagoso lago del vicio, la de María era hija de la virtud. María venció; el vicio era humillado.

Días crueles había pasado esta resignada criatura y aun luchaba con valor y fortaleza, pero luchaba por su hijo. Por él salió muchas noches á implorar la caridad del transeunte. ¡Cuántas veces le abrasó la mano la limosna recibida; cuántas estuvo á punto de tirarla al arroyo! Mas al recordar era para satisfacer la necesidad del hijo adorado la guardaba cuidadosamente; siendo retribuida la vergüenza, la repugnancia que sentía al percibir el óbolo de la caridad, por la alegría que experimentaba al acallar el desgarrador grito de su hijo pidiéndole pan.

En un rincón de la desmantelada buhardilla, en la que los horrores de la miseria las tristezas del hambre y el desaliento por la falta de fuerzas para luchar contra la fatalidad, reinan con pavorosa tiranía, María se halla sentada con la cara enjuta muy pálida, los ojos llorosos, sosteniendo en sus débiles brazos á su querido hijo. A este pedazo de su alma, recuerdo del único amor de su vida, testimonio de un tiempo feliz, que velozmente pasó, compendio de su vanidad y de su cariño, le dispensa una silenciosa contemplación.

Su corazón de madre no deja de notar, la sensación de amargura que ocasiona, el estar convencido de la pérdida de un ser, que es nuestra propia vida, nuestra misma sangre. Observa la extinción paulatina de aquella vida, adorada y sabe que la falta de alimento, la anemia la consunción es la que arrebató la exis-

tencia á ella y á su hijo. Y María no es culpable, no, ella ha buscado trabajo y no hay que dudar le habría encontrado, de no desacreditarla el malvado de Don Alberto; ha luchado por la existencia honrada pero ha sido vencida. ¡Desgraciada!, tengamos la compasión sin dejar de admirarla.

La naturaleza de María, minada por la enfermedad, no responde á los esfuerzos de su voluntad, aun firme y enérgica. La muerte agitó sus negras alas y María sintió miedo, mucho miedo; quiso gritar, y la voz extinguió en su garganta; quiso levantarse, huir, y las fuerzas le faltaron. Al intentarlo nuevamente, cuando había logrado medio incorporarse, cayó pesadamente al suelo para no levantarse más, estrechando á su hijo contra su pecho, convulsiva y amorosamente.

En un lapsó de tiempo, bien corto dejaron de latir estos dos corazones. Justo era que habiendo sido compañeros de desgracias y penas en la tierra, lo fueran también en el cielo para gozar de la bienaventuranza eterna.

Breves momentos, después, de desarrollarse la referida escena, la puerta del cuartucho en el que María y Luis habían exhalado el último suspiro se abrió, repentinamente, dando entrada al asesino de aquellas dos criaturas. ¡Miserable! ¡Iría á regocijarse en la obra de su execrable conducta?

EMILIO BELMAR

